

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 12

EL VALIENTE

15 cts.



El sheriff Till detuvo su caballo.

EL VALIENTE

(Nueva cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, distribuida por «Selecciones Cinesa», Gran Vía Lxystana, 83 - Barcelona)

I

Los dos la querían. Greta Mark era una bellísima muchacha de diecisiete años, cuya intrepidez, arrojo y simpatía corría parejas con su deslumbrante hermosura. Vestida de *cow-boy*, cabalgaba el potro más indómito con la seguridad y la valentía del más rudo y fuerte domador.

Dueña del rancho de su nombre, el más extenso y próspero de la vastísima comarca en que se hallaba situado, no sentía apenencia por conocer otros cielos distintos de aquel bajo el cual había transcurrido tan feliz su inocente y cercana niñez, y su radiante y seductora juventud, ni otros gozos y placeres que los que la brindaba el sano y continuo contacto con la naturaleza.

No ignoraba ciertamente, aquella maravillosa flor de la patria, que otras gentes y en otros países llevaban una vida de refinado lujo, de aparatosa y vanidosa ostentación, y que ese vivir fastuoso y los placeres inherentes a él se hallaban a su alcance, merced a la pasmosa fortuna que la legara su padre, pocos años antes, al entregar su alma al Creador.

Pero Greta no pensaba siquiera en abandonar su tierra natal, aquella fuerte y dura tierra de los hombres rudos. Todo, en ella, le parecía grande y sano, bello y grato; el sol abrasador y rutilante, las pra-

deras inmensas, verdaderos océanos de verdor, el desierto polvoriento, los bosques inextricables, las montañas abundosas en variada caza.

Gustaba vestir la espléndida criatura a usanza de los *cow-boys*. Y su destreza en el manejo del lazo, en el tiro del cuchillo y el uso del revólver eran comparables a la bravura y a la ternura de su corazón, templado en la bondad y la entereza.

Pero, era casi una niña...

Y para una niña la vida en un país donde es preciso recorrer incontables millas hasta encontrar un representante de la justicia, la vida bajo un cielo donde con frecuencia los hombres suelen convertir en ley su capricho o su ambición, estaba llena de peligros.

Esos peligros los aumentaba su deslumbrante y codiciada belleza y su no menos codiciada riqueza.

Verdad es que contra esos peligros la habrían defendido a la radiante ranchera la legión de servidores que la veneraban, los fornidos y laboriosos *cow-boys*, la mayoría de los cuales habían visto el prodigio de la transformación de un lindo capullo en la flor más fragante y bella de la patria.

Ni uno sólo de entre aquellos sombríos y silenciosos *cow-boys*, de rostro alexado, músculos de acero y alma indómita, habría vacilado un

instante en arriesgar la vida por defender a su joven esposa...

Y por el honor de estrechar su blanca y fina mano, por una mirada cariñosa de sus grandes y rasgadas ojos, en los que parecían concentrados todo el fuego y toda la fuerza y toda la lealtad del desierto, quien más quien menos hubiera sido capaz de matar a un hombre...

Bajo el influjo y el encanto ejercido por Greta, habiase operado un cambio casi milagroso en aquellos toscos caracteres, de instintos violentos y primitivos. Eran unos *cow-boys* especiales; unos *cow-boys* que no blasfemaban ni maldescrian, unos *cow-boys* que no se embriagaban ni suscitaban camorras...

El jefe de todos ellos era ya algo viejo, a quien el padre de Greta nombrara capataz. Más que amo y criado, ranchero y *cow-boy*, el difunto propietario y el valeroso y rudo Jim Khan habían sido dos amigos, en la más amplia y sublime acepción de este vocablo.

La muerte de aquél debióse a un accidente de caza: el funcionó y casual disparó de su propio rifle, ocasionóle una herida que le produjo la muerte a las pocas horas.

Tuvo el desgraciado tiempo para dar a su capataz el mandato postremo respecto al ser tan infinitamente querido que en el mundo dejaba tan solo y tan débil: una niña, una candorosa y desvalida niña...

—¡Júrame, Jim, que la defenderás y protegerás como si fuese de tu propia sangre y descendencia!

—Sí, sí, lo juro... Juro querer a la pequeña como si fuese hija mía..., más que a mi propio corazón, más que a mi vida misma...

«Pero, señor, ¿cómo usted... que todavía puede salvarse...

—No... no hay salvación para mí! ¡Se acerca mi fin!...—dijo el herido con voz fatigosa—. ¡No me asusta la muerte..., porque un día

o otro se habrá de enfriar mi cuerpo!...

«¡Pero hubiera querido vivir unos años más... hasta ver a mi adorada pequeña hecha una mujer y... casada con un hombre digno y honrado!

«¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Se desarrollaba esta escena en una primitiva cabaña a la que había sido transportado el herido, no lejos del sitio en que ocurrió el fatal accidente, pues el rancho distaba varias leguas, y trasladar a él al desgraciado progenitor de Greta hubiera acelerado su muerte.

Del mejor modo que supieron los *cow-boys* que acompañaban al ranchero Mark en aquella aciaga excursión, curáronle la terrible herida que recibiera en pleno pecho, y uno de ellos partió después al galope en busca de la pequeña.

Todo el afán del moribundo consistía en poder hablar por última vez a su única hija, en verla y contemplarla, en que fuesen sus manos de ángel las que cerraran sus ojos ya sin luz... en sentir sobre su rostro el instable calor de sus labios...

Por fin, el tableteo de los cascos de un caballo hirió los oídos del agonizante, quien balbuceó:

—¡Ya viene! ¡Es ella! ¡Mi niña querida!

Asonóse Jim a la puerta de la cabaña y, en efecto, vió acercarse por un sendero al galope de un potrillo negro, al *cow-boy* emisario, cuyos brazos sostenían a la infeliz muchacha...

Apenas fué ésta bajada al suelo, precipitose al interior del rústico edificio, gritando:

—¡Papá! ¡Papá de mi corazón!

El herido sintió el mismo dolor que si se lo atravesara una saeta, e incapaz de pronunciar palabra, contempló a la angelica criatura al través de sus lágrimas.

¡Cuán duro y penoso le era emprender aquel viaje cuya partida se acercaba inexorablemente, dejando al tierno y bello ser cuyos besos ro-



El honorable Jim emprendió la marcha...

zaban su frente y sus mejillas y cuyas manitas rogian su diestra!

Por fin, pudo decir:

— ¡Greta, niña querida... yo me muero!

La misera estalló en sollozos.

— ¡No llores, no te afijas demasiado! — balbuceó el moribundo —

¡El buen Dios me ha llamado... y yo obedezco! ¡Voy allá arriba, al palacio inmenso de los cielos... donde te esperaré a ti, lacero mío!

— ¡Yo quiero ir contigo, mi buen papá! — exclamó Greta con vehemencia.

— ¡No, hija mía! ¡Yo te esperaré!... ¡Y cuando disponga el buen Dios, en medio de su trono de es-

trellas, que vengas a mí encuentro... yo y tu santa mamá saldremos a recibirte! ¡Ah, qué felices seremos entonces los tres siempre juntos, eternamente juntos!

«Las dos: tu mamá y yo, te veremos siempre desde lo alto... y si eres buena...

— Sí, sí, papá... yo seré muy buena... yo querré ir con vosotros todos los días... pero... si tarda mucho... ¿no os encargaréis conmigo mi buena mamá y tía?...

— Ángel de luz y de inocencia!

— ¡deseó el herido con las entrañas y el corazón y el alma derretidos de ternura— ¡No, no nos encargaremos contigo... porque allá... en la otra

vida; en la vida inmortal, de gloria y de paz eternas, nunca es tarde ni pronto!... Una hora, un año, un siglo es igual que un minuto... ¿Comprendes, hija mía?

La linda cabecita de rizosa y lustrosa cabellera negra hizo un gesto afirmativo. Sí, ciertamente había comprendido su despierta y candorosa inteligencia lo que le quería decir el astor de sus días.

Todavía tuvo éste la dicha de vivir hasta buen más, contemplando con embeleso a su pequeña, atesorando recuerdos para la eternidad.

Al anochecer de aquel aniego día, la bella niña se había quedado sola en el mundo...

II

Leído este breve relato, a ninguno de nuestras lectoras le parecerá, a buen seguro, exagerada nuestra afirmación de que los *uno-hijos* del rancho Marl, andaban hacia su bellísima y joven dueña un afecto rayano en la idolatría.

Jim cumplió exactamente la su-

grada misión que le encomendara su moribundo dueño. Fué, pues, para la pequeña Greta, un segundo padre, vigilante y bondadoso, cálido y provisor.

Las palabras de su difunto amo, lamentando que el cielo le hubiese negado la dicha de ver a su única

hija casada con un hombre digno y honrado, resonaban continuamente en sus oídos, llegando a constituir su obsesión.

—¿Dónde está el hombre digno de poseer a esta incomparable criatura? ¿En el Este o en el Oeste?— se preguntaba el leal y austero *cow-boy* con frecuencia.

Los hechos que vamos a narrar seguramente habían de encargarse de contestar a esas angustiosas preguntas.

Desde hacía un mes el rancho más cercano al en que él ejercía el cargo de capataz había cambiado de propietario.

Nunca habían sido muy cordiales las relaciones que Jim y sus hombres tuvieron con el antiguo dueño y sus escuads servidores.

Pero con el nuevo las cosas llevaban camino diferente. Llamábase Carlos Morton; era un hombre que frisaba en la cincuentena y tenía un hijo de veinticuatro años.

Ambos visitaron, a los pocos días de adquirir la finca, el extenso rancho Mark.

Y la misma Greta, amable y alegremente, enseñó a los huéspedes los extensos dominios de que era dueña y señora absoluta.

Cabalgando su dócil y fogoso caballo negro, su *Favorita*, junto al joven y apuesto Morton, Jim los contemplaba pensativo...

Indudablemente, formaban ambos una hermosa pareja, llena del encanto y la sana alegría de la juventud.

Pero no compartía esta opinión el infomable y noble John Thil, el adorado *Sherif* de la comarca, en quien no pensaban sin una especie de terror cuantos briliotes de toda laya recogían, como teatro de sus

desafueros y hazafías, la vasta comarca en que aquél ejercía su autoridad...

La casualidad prodigiosa forjadora de cadenas de humanos destinos, quiso que aquel mismo día el *Sherif* Thil, que andaba a la casa de unos bandoleros con varios de sus hombres, viera a la encantadora Greta y al arrogante Morton...

Inmediatamente deluvo su caballo, ordenando a sus auxiliares:

—Continuad la marcha hasta el *Cañón del Diablo*. ¡Yo me reuniré allí con vosotros dentro de una media hora!

Esto diciendo, esfiló un sendero que llevaba al rancho Mark.

Cuando penetró en una de las vastas praderas de esa finca, se acercaban conversando animadamente el joven Morton y la seductora Greta.

El *Sherif* quitóse el ancho sombrero, del que se desprendió una catarata de polvo, y situándose en medio de aquellos, dijo, con acento ligeramente burlón:

—¿Ignoraba que fueren usted y Morton tan buenos amigos, señorita!

—Nos hemos conocido hoy—respondió la guapa muchacha con sencillez—, y estoy cumpliendo mis deberes enseñando al señor Morton mi extensa finca. ¿Ocurre alguna novedad, amigo Thil?—preguntó luego con afable y cariñoso acento, pues, desde que se conocieron, no le parecía a Greta, el simpático y bravo *Sherif*, costal de paja, como vulgarmente se dice.

—¿Algo ocurre, señorita—repuso aquél—, algo que es necesario que sepa usted?

—¿Casi me asusta oírlo!—exclamó la bella joven haciendo un graciosísimo mohín.

—¿No es esa, un verdad, mi intención, señorita! ¿Pero si quiero prevenirlo!

—¿Dices más! ¿Es que me amenaza algún peligro?—preguntó la joven.

- ¡Es lo más probable!
- ¿Puedo yo saberlo?
- Sí, naturalmente.
- ¡Ya lo escucho!

El *sherif* volvió la cabeza hacia Morton, que había escuchado este corto diálogo con el enjuto y moreno semblante, adornado con su pequeño bigote, ensombrecido, y asustándole una penetrante y escrutadora mirada, respondió:

— ¡Lo que yo quiero y debo decirle, lo que usted necesita saber, no lo tienen que percibir oídos extraños!

Sin pronunciar palabra, pero con el rostro convulso de ira y los negros ojos relampagueantes de cólera el huésped del rancho Mark alzóse unos pasos.

Cuando el *sherif* estuvo seguro de que sus palabras solamente podria oír las su guapa interlocutora, añadió:

— Temo, señorita, que los bandoleros que vengo persiguiendo desde hace ya cuatro semanas y cuya caza daba yo, demasiado prematura y jactanciosamente, por desconfianza, tienen su guarida en estos contornos...

* ¡Por lo tanto, viva usted alerta y preparada!

— Confíe usted en que sabré adoptar las medidas oportunas...

— Dispone usted de numerosos hombres dispuestos a arriesgar la vida por usted, y sé que esos valientes muchachos, lucharían como leones si llegase el caso...

— ¡En cuanto a eso, no me cabe duda alguna!—corroboró Greta con cierto orgullo—. ¡Mis leales *cow-boys*, al mando de Jim, me resguardarían de todo peligro!

— Cierto es... Pero, a veces, el peligro existe donde menos se pien-

sa! Por eso le advierto, señorita, que no se fie usted de nadie... ¡La traición y la maldad pueden acecharla y hacerla su víctima donde ni remotamente pudiera usted imaginarlas!

— ¡Amigo *sherif*— exclamó Greta—, me llena usted de sobresaltos!

— ¡No puedo menos que expresarme de esa manera!

Siguió a estas palabras un corto silencio y, por fin, bajando más aún la voz, recomendó el *sherif*:

— ¡Sobre todo, recede usted de sus huéspedes!

— ¿De los Morton?

— ¡Sí, señorita!

— ¿Tan terribles son?

— ¡Todo lo que pueden serlo cuando carecen de conciencia y de honor y sienten una ambición desenfrenada!

— ¿Luego tiene usted pruebas contra los Morton?

— ¡Creo que dentro de poco podré ejercer contra ellos y con todo rigor mi inexorable autoridad! De momento, nada puedo hacer... porque no se puede prender a nadie por sospechas...

* La justicia, señorita, no es digna de tan augusto nombre cuando la espada que blande su diestra hiece con torpeza y error... Pero no es tampoco digna de llevar ese nombre cuando, habiendo descubierto su vista de línea a un delincuente, vacila en herirlo...

* ¿Me comprende usted?

La graciosa cabeza, tocada con el ancho sombrero de *cow-boy*, hizo un gesto afirmativo, en tanto los negros y bellos ojos negros que brillaban en el seductor y candoroso semblante, envolvían al *sherif* en una mirada de afecto y gratitud.

— ¿Puedo dejarla a usted confiada y tranquilo en que seguirá mis consejos al pie de la letra?

— ¡Naturalmente! ¡Y le agradezco, además, con todo mi corazón, el interés que me demuestra!

— ¡Cumple con mi deber, señorita! ¡Ese interés, pues, ni tiene mé-

rito alguno, ni merece chispa de gratitud!

«Ahora, permítame usted que complete mis consejos con unas cuantas palabras: entere usted a Jim de mis sospechas y temores... y, sobre todo, absteniéndose usted, mientras yo no la avise, de alejarse del edificio del rancho con la libertad y el sosiego con que hasta ahora solía hacerlo...

— ¡Me impone usted un terrible cautiverio, *sherif!* — observó sonriendo Greta, pero, mujer al fin, sintiéndose inferiormente invadida por intensos temores.

— ¡Es su propio bien, su seguridad personal, y acaso algo más preciado que la misma vida, lo que me obliga a hacerle estas advertencias!

«¡Obodéxcalas usted, señorita; yo se lo ruego por la sagrada memoria de su padre!... ¡De lo contrario, quizás resultasen inútiles mis desvelos y mi previsión!

«Sólo me falta ya dirigirle un ruego. ¿Cuál? El siguiente. ¡Suba usted a su *Favorito* y regrese junto a sus rudos y felices *cow-boys!* En tanto, yo la reemplazaré cerca del joven Morton...

«No me haga usted, por Dios, pregunta alguna... Me sería difícil explicar, de otro modo más concreto y categórico, que ya he empleado, los motivos que tengo para recelar de esos sujetos...

«¡Hasta la vista, pues, señorita, y tenga bien presentes mis palabras! ¡Emplice usted el mejor pretexto que se le ocurra para separarse de su huésped!...

Greta accedió al joven Morton y esbozando una ligera sonrisa, le tendió la mano, diciendo:

— ¡Un asunto imprevisto y de la mayor importancia me obliga a regresar a casa! ¡El señor Thil, *sherif* de esta comarca, y que conoce tan bien como yo mi finca, le hará compañía!

— ¡Considéreme su más rendido servidor! — repuso Morton.

La rica y hechicera Greta alejó-

se con su gracioso y airoso andar en dirección de su caballo.

— ¡Aquí, *Favorito!* — llamó.

El noble animal dejó de palear el sabroso pasto, echando a andar al encuentro de su dueña; luego estiró sus patas delanteras y encorvó las posteriores, disminuyendo su altura más de la mitad, para que aquella pudiera acomodarse fácilmente en su lomo.

Y cuando sintió sobre éste el grato peso de su dueña, lanzó un relincho de alegría partiendo al galope.

En tanto, con el ceño fruncido, el *sherif* habíase acercado a Morton, disparándole a bocajarro la siguiente pregunta:

— ¿Esperaba usted que su visita al rancho Mark tuviese como final el desagradable encuentro conmigo?...

— ¿A qué viene esa pregunta, *sherif!* — inquirió a su vez Morton.

— ¡Lo sabe usted perfectamente! — respondió el inflexible funcionario—. ¡Y sabe usted tan bien como yo sé los móviles que lo han impulsado a su padre a comprar el rancho tan cercano de la frontera y los que abrigan al iniciar una amistad con la radiante y virtuosa criatura que acaba de marcharse de aquí!...

Sonrióse con sarcasmo el joven Morton, y luego declaró:

— No se necesita, ciertamente, tener muy grandes dotes de adivino para saber eso... Mi padre compró el rancho para aumentar sus bienes con un trabajo inteligente y honrado... En cuanto a nuestra presencia aquí, obedece a un deber de cortesía...

— En apariencia, esas palabras son verdaderas... ¡En realidad, son falsas!

— ¡*Sherif!*...



...formaban ambos una hermosa pareja...

— Bah! Nos conocemos bien, y es preciso jugar limpio... Pero antes, le advierto a usted que en esta partida, lo mismo usted que su padre, arriesgan la bolsa y la libertad... y, quizás, además la vida.



A Greta no le parecía despectable el sheriff...

— ¡Le digo a usted indignado, pero tranquilo, *sheriff!*... ¡Porque la honra... no teme a la justicia!

«Cuando la honra es evidente y demostrable» — observó el *sheriff*.

— Como la mía y la de mi padre.

— ¡Tanto usted como él pueden echarse ya a temblar por si yo descubro las traqueorias e iniquidades de ustedes, joven Morton!

«Marchese usted! No agole usted mi paciencia que, en casos como éste, no fué nunca muy grande...

Los dos hombres cruzaron sus amenazadoras miradas. La cosa se



— ¡Hay que estar preparados, muchachos! — gritó Tim.

EL VALIENTE

Interpretación del famoso caballista y astro de la pantalla **DICK HATTON**

punta negra. Se hallaban frente a frente, a solas y bajo el cielo del Oeste, dos hombres: uno de ellos, Morton, era lo que se llama un hombre malo; el otro, un hombre indiscutiblemente valiente, implacable perseguidor del delito, bajo todas sus formas.

El primero de los dos tenía el corazón lleno de rabia y de anhelos de venganza. Muchas veces había visto de cerca la muerte sin que se le arrugase el ombligo, como se dice vulgarmente.

El *sheriff* sabía a que altura respecto de la conducta y de los antecedentes de los Morton.



— ¡Diviata usted el cargo de sheriff!

Por ejemplo, estaba bien enterado de que los huéspedes de la encantadora Greta Mark habían tenido más de una cuenta pendiente con la justicia actuante en diversos estados de la Unión americana.

Los Morton, padre e hijo, eran dos peligrosos aventureros, ávidos de oro y exentos de todo escrúpulo.

El padre comenzó muy joven su vida delictuosa, actuando de contrabandista en la frontera mejicana.

Luego fué saltador, con otros de su laya, de ranchos y granjas, cuatrero, y por último ya en combinación con su hijo, que se había hecho un mozo y daba muestras de ser digno vástago de su padre, ladrón de automóviles y asaltante de viajeros.

Un puente situado en la carretera de San Francisco les servía de lugar estratégico para sus golpes de mano.

Tendían un cable de un pilar a otro del puente y el conductor se veía forzado a detenerse, so pena de recibir más grave daño.

Este era el momento que aprovechaban el padre y el hijo para abalanzarse sobre el ocupante u ocupantes del coche, pistola en mano, inlimándoles con la muerte si no se dejaban despojar y robándoles a seguida todos sus efectos.

A continuación ataban al viajero o viajeros al tronco de los árboles del bosque contiguo y después se apoderaban del automóvil, con el que huían apresuradamente del teatro de su cobarde hazaña.

Para mayor cobardía perpetraban enmascarados sus infames golpes de mano.

Tantas veces repitieron su canallada que toda la policía de San Francisco se puso en movimiento afanosa por su captura...

Teniendo ellos fundadísimomente ir a pasar una larga temporada entre las rejas del presidio, levantaron el campo buscando otras comarcas más propicias donde poder continuar más a sus anchas su criminal existencia.

La suerte quiso que los tales bandidos fuesen a parar adonde Greta, una preciosa huérfana, bella y bue-

na como un querube acababa de quedar sin padre...

Aquellos dos buitres habían visto en la candorosa joven una excelente presa, una víctima que escasa o ninguna resistencia podría oponer a sus infames designios...

Una carta llegada a sus manos poco después de la adquisición del rancho por los Morton habíale puesto al corriente del carácter y la moralidad de aquéllos.

Inmediatamente, con la actividad y el sigilo que le eran habituales cuando se trataba de cumplir su deber, procuró convencerse de si los informes que le daban en aquella inesperada carta eran exactos o exagerados.

No duraron mucho tiempo sus dudas. Disfrazado de *cow-boy*, presentóse un día en el rancho de los Morton, solicitando trabajo. Refirió una historia cuajada de peripecias y aventuras, en la que abundaban las hazañas del guerrillero mejicano y los lances del contrabandista.

Morton padre, sin sospechar siquiera que se las había con el *Mexi* de la comarca, admitió a su servicio al *cow-boy* guerrillero y contrabandista.

—¿Conoces bien esta comarca?— le preguntó.

—Milla a milla, palmo a palmo.

—¿Y no tendrías miedo ni reparo en reanudar tus audacias de contrabandista?

—¿Miedo yo? ¡Nunca lo he conocido! ¡Al contrario, no anhelo otra tarea que esa por ser la más productiva!

—¿Y la más arriesgada hoy!

—¿Cierto! Pero, ¿qué importa?

—¿Es verdad! ¿Qué importa?

¡No es que yo te haya de emplear en ese menester, muchacho; pero la tomo a mi servicio porque me gusta verme rodeado de hombres bien templados y dispuestos a todo!...

«Por lo tanto, puedes quedarte ya en el rancho...»

El *sherif*, disfrazado de *cox-boy*, permaneció tres días al acecho... consciente de que si una desgraciada casualidad descubría su verdadera personalidad, tendría que defender su vida a tiro limpio.

Pero tan corto espacio de tiempo bastó para confirmar sus sospechas. No exageraba la carta un ápice.

Los Morton eran dos perfectos bandidos, dos hediondos y peligrosos bribones, entre cuyos móviles infames figuraba, el rapto y secuestro de la adorable Greta Mark.

Un rugido de cólera se abogó en la garganta del fingido *cox-boy*, cuando se enteró del inicuo y diabólico proyecto que los Morton, cierta noche, iban maquinando y madurando, creyendo que sus palabras no podía oír las nadie...

Y, sin embargo, a pocos metros de distancia, agazapado entre unos arbustos, inmóvil como una piedra y con toda la energía de su ser concentrada en el oído, el *sherif* Thai percibía, sílaba por sílaba, su infame coloquio.

—Antes de un mes, la guapa y rica ranchera, nuestra encantadora vecina, se hallará en nuestro poder...—aseguró el viejo Morton.

—¡Del dicho al hecho, padre!...—observó su digno vástago.

—¡Si sigues mis instrucciones, en el corto plazo que he fijado, ese bellísimo lucero y sus muchos miles de dólares, serán tuyos, Alberto!...

—¡Qué más quisiera yo!—suspiró éste—. ¡Porque es la verdad que esa joven me gusta una enormidad! ¡La vi ayer y parecióme la criatura más deliciosa y bella del orbe!

«Pero, ¿cómo te las compondrás

para llevar a buen término tan difícil empresa?»

Una ciríca riachada resgnó en la obscuridad de la noche.

—¿Esa futeza se te antoja difícil?—exclamó el viejo Morton—. Escóchame atentamente y cambiarás de parecer...

«No se trata de invadir el rancho Mark y captar por la fuerza a su encantadora propietaria...»

«Las cosas ocurrirán de otra manera, mucho más sencilla y al mismo tiempo más emocionante... Porque será en tu propia presencia donde se dará el golpe...»

—¿En mi presencia?—preguntó el joven Morton, estupefacto.

—Sí, delante de tus propios ojos la hermosa Greta caerá en las inmundas zarpas de unos facinerosos, secuaces y cómplices nuestros...

—¡Comienzo a comprenderte!

—¡Déjame hablar y verás cuán sencilla es esa difícil empresa...»

«Media docena de nuestros hombres saldrán al encuentro tuyo y de Greta, dentro de pocos días, cuando entre tú y ella medie la cordial confianza que debía existir entre dos buenos amigos...»

«Como es natural, cachorro mío, tú tratarás de impedir que se te lleven a tu bella y barbotando blasfemias y maldiciones empuñarás el revólver, disparando todas las balas contra los agresores...»

—¡Entonces caerán varios palas arriba!

—¡Bah! Las balas estarán vacías; sólo tendrán delonador, lo mismo que las que contra ti disparan los fingidos raptos.

—¡Te oigo pasmado de asombro! Jamás se me hubiera ocurrido a mí una estratagema tan genial.

—¡Eres muy joven, Alberto! Los años te enseñarán muchas cosas que ignoras, porque la experiencia es ciencia, lo mismo para el bien que para el mal.

«¿Adivinas ahora el resultado del rapto de la riquísima y hechicera Greta?»

—Sí.
 —¿Cuál será?
 —Yo la liberraré...
 —¡Exclamante! — interrumpió el perverso Morton—. ¡Tú la liberrarás y como recompensa a tu coraje y valentía ella será tuya en cuerpo y alma, enamorada y feliz! ¡Las mujeres del Oeste son muy sensibles a esta clase de halagos!

—Quisiera dar mañana mismo comienzo a ese maravilloso plan.

—Mañana sería demasiado pronto. Refrena tu impaciencia unos días. Cuando regrese la cuadrilla de hombres que ya plan a estas horas suelo melicano... haremos una visita de cortesía al rancho Mark, y después... todo ocurrirá a la medida de nuestros deseos...

—Ahora hablemos de otra cosa... ¿Qué me dices del nuevo *cow-boy*? Parece bravo y astuto y creo que me será muy útil porque está arrollado a los peonías y lanceas propias del contrabandista y ha sido también guerrillero...

«Voy a encargarme en cuanto atna-



Quedóse devorada por la ansiedad...

pezca una misión algo difícil más allá de la frontera... cerca de don *Enrique*, el cabecilla más importante de Sonora.

El *sherif* Thil ya no quiso escuchar nada más con el mismo ruido que habría podido hacer un ferreo, se alejó de su escondite favorecido por las sombras de la noche... esperando la nascente luz del día sin poder conciliar el sueño.

III

Apenas apuntó el alba el viejo Morton le fué al encuentro, anunciándole:

—Prepárate para emprender un largo viaje... Se trata de una misión algo difícil, en la que acaso arriesgues el pellejo... Si no te sientas con coraje para afrontar ese peligro, dímelo con franqueza...

El supuesto *cow-boy*, de acuerdo con el papel que representaba, respondió que no le intimidaría peligro alguno...

Media hora después se alejaba del amostrero cancho, halagado de su éxito y, sobre todo, radiante de

júbilo al pensar que merced a su breve espionaje, el ser más querido que existía para él en el mundo se vería libre de Dix, sólo sabía qué ignominioso atropello.

Como pueden juzgar nuestros lectores, el valiente Thil sabía a qué atenerse sobre los Morton y anhelaba atraparlos cometiendo una infamia para descargar sobre ellos todo el rigor de la ley, lo mismo que sobre sus numerosas cómplices.

El joyen Morton, no se atrevió a desobedecer el imperioso mandato

del *sherif*, y ciego de odio y de venganza, encaminóse hacia su cárcel y lanzóse al galope por el camino en que se alejara la bella Grecia.

Encontró a su preguntor esperándole medilabundo y somnoliento, paseando cerca de las porches del edificio.

—Pero, ¿qué sucede aquí, Alberto?— le preguntó apenas lo vió.

—¿No lo sé! De todo lo que ocurre, siempre, tiene la culpa un hombre...

—¿Quién?

—¿El *sherif* Thill!

—¿Cómo lo sabes?

El enfurecido Morton, con voz

que hacía temblar la cólera, refirió al autor de sus días la violenta discusión que había sostenido con el *sherif*.

—¿Que se guarde de nosotros ese bellaco!— rugió el viejo camalla—. ¿De qué puede acusarnos, si ni siquiera nos conoce? ¡Aquí en la comarca le llaman el *Valiente*, porque es el terror de cuantos viven a espaldas de la ley!

«¡Pero esa fama, lo mismo que su cochina vida, va a durar muy poco si comete la temeridad de cruzarse en nuestro camino y frustrar nuestros proyectos! ¡Vámonos!... Pronto nos conocerá mejor ese jactancioso y estúpido *sherif*.

IV

En cuanto regresaron al rancho, el viejo Morton llamó a una docena de los hombres que más confianza le inspiraban, aventureros y holgazanes en quienes el vivir y las hazañas del bandolerismo ejercían una atracción irresistible.

—Esta misma noche— comenzó diciéndoles su amo— vais a tener ocasión de demostrarme que sois dignos de estar a las órdenes de un hombre como yo y de la fe que me inspiráis!

Entre los congregados este preámbulo suscitó intensa curiosidad.

Pero ninguno de ellos se atrevió a formular pregunta alguna esperando que el despojado y malvado ranchero se explicase con mayor claridad.

Morton añadió:

—No creo que la aventura que vamos a llevar a cabo esta noche, ponga en peligro la vida de ninguno de vosotros... Pero, como nunca se puede prever con exactitud lo que va a ocurrir, os advierto que

habréis de estar dispuestos y templados para lo peor.

«¡He aquí de qué se trata!

«¿Conocéis el rancho Mark?

Todos los oyentes contestaron con un sí unánime.

—Pues bien: ese rancho va a ser esta noche teatro de nuestra audaz y productiva hazaña: ese rancho lo invadiremos como sombras favorecidas por la obscuridad, devastándolo y saqueándolo... En él hay dinero en abundancia... que será repartido entre vosotros equitativamente, sin que mis manos toquen un solo dólar...

Los cortidos y siniestros semblantes de aquellos hombres resplandecieron de ávida y de codicia: un confuso murmullo de aprobación acogió las halagadoras palabras que acababa de pronunciar el ranchero y bandido Morton.

Luego recomendó éste:

—¡Ahora, escuchadme atentamente lo que voy a decirse! A cambio de mi generosidad renunciando



En el rancho Morton, había ocurrido un drama...

do al espléndido botín que hallaréis en el rancho Mark, habréis de entregarme el tesoro que se guarece en aquella morada. Ese tesoro consiste en una mujer, en su joven propietaria, más bella que un lucero... ¿Me comprendéis?

A la respuesta afirmativa que, casi a coro, lanzó aquella horda, el viejo Morton, sonriendo satisfecho, exclamó:

— ¡La misión que os encargo no es difícil, ni tampoco muy arriesgada! Ya sabéis por experiencia que en casos semejantes, o sea en la invasión de un rancho por una pandilla de forajidos, los servidores del mismo, en lugar de hacerles frente, sólo se preocupan de poner en seguridad su pellejo, escondiéndose o huyendo...

«Esto es lo que ocurrirá esta noche en el rancho Mark: por lo cual su encantadora dueña caerá en vuestro poder fácilmente y la con-

duciréis al *Bosque de las Serpientes*, donde yo estaré esperándoos... Pero sin hacerla el más leve daño...

....

Todavía el miserable dió a sus secuaces las instrucciones que su astucia le sugirió... bien ajeno a que en el rancho de Greta el *sherif* daba órdenes que ponían en febril movimiento a los numerosos vaqueros.

Enterados éstos del peligro que habría corrido su joven e idolatrada dueña, todos ardían en deseos de enfrentarse con los Morton y sus secuaces.

En cierta manera, el odio que hacia éstos sentían y su afán de lucha podía compararse al que en otros tiempos, bajo cielo azul y en

otros países, impulsaban a los moradores de un castillo herroqueño a atacar a otro castillo.

El bravo Jim se puso a la cabeza de sus incondicionales y adictos *cow-boys*, abandonando el rancho, donde se quedó Greta, ya enterada de la diabólica trama urdida contra ella, por los malvados Morton, transida de ansiedad y temor...

Pero la luz del nuevo día le devolvió su alegría y su entereza.

Morton, padre e hijo, y una re-

cua de cómplices, desfilaron matados junto a su rancho, escoltados por el *sherif* y sus hombres.

La joven acitó en el aire el pañuelo saludando al *sherif*, quien dos meses después, dimitia su cargo para ejercer otro más dulce y dichoso, el de propietario del rancho de Mark y de su adorable dueña, rancho que desde entonces es conocido en la comarca con otro nombre: el de *Rancho del Valiente*.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL PIRATA DEL DESIERTO

SE PONDRÁ A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

Es la publicación más interesante y económica que ahora puede adquirirse

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS.
2. CONTRA VIENTO Y MAREA.
3. EL VALLE DEL MISTERIO.
4. EL REY DE LOS JINETES.
5. LOS PUÑOS DE TOM TYLER.
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST.
7. LA LEY DEL TORTAZO.
8. EL CULPABLE.
9. DE SEÑORITO A YAQUERO
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA»
11. LADRONES DE GANADO

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección a usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 189 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI - Rocafort, 125. - Barcelona